Libro 1

Callie Hart



Sangre y rosas

Traducido del inglés por Elena Martínez

CONTRALUZ

HABÍA UNA VEZ UN CHICO QUE VIVÍA EN LA OSCURIDAD...

Y ERA ALLÍ DONDE QUERÍA ESTAR.

Guía de contenido

Sangre y rosas es una serie de *dark romance* que incluye contenido explícito y temas delicados destinados a un público adulto. Se recomienda encarecidamente a los lectores que tengan en cuenta sus sensibilidades personales.

Esta novela contiene violencia explícita, trata de personas, asesinatos, maltrato psicológico, coerción, maltrato infantil, abuso de sustancias y adicción y BDSM.


PERVERSIÓN

1

SLOANE

Cuando digo que soy un fantasma, no lo digo en sentido literal. Estoy vivita y coleando, o, al menos, algunos días el dolor que siento me basta para cerciorarme de que todavía tengo un corazón que late. No, cuando digo que soy un fantasma, me refiero a que la gente casi nunca me ve. Soy la chica que aparece de fondo. La veinteañera de altura y peso en la que nadie se fija jamás.

Voy por el mundo de puntitas, en silencio, con el semblante serio. Paso días sin tener que saludar a nadie, o así ha sido durante los últimos seis meses. No es habitual que me toque hablar con desconocidos, pero cuando lo hago, las conversaciones son sucintas. La gente parece saber de forma instintiva que no estoy hecha para las charlas de ascensor. Y hoy no es una excepción.

—Aquí tiene la llave de su habitación, señorita Fredrich. —La recepcionista del hotel Marriott del centro de Seattle desliza la tarjeta sobre el mostrador de mármol. Una vez que aparta la mano y se encuentra a una distancia segura, alargo

la mía para agarrarla—. Gracias —añade. Con la mirada gacha, engrapa los papeles de mi reserva—. ¿Viene por negocios o por placer? —La calidez de sus ojos se apaga cuando levanta la vista y repara en mi mirada vacía. Su sonrisa se desvanece de inmediato, igual que la mantequilla de un cuchillo caliente.

—Negocios —respondo, y nunca había dicho nada tan cierto como eso.

—De acuerdo… Espero que disfrute de su estancia. —Aparta la vista en cuanto llega al final del guion que tiene escrito. No me pregunta por qué aparecí en el hotel sin maletas ni por qué solo reservé una noche. Tampoco pregunta por qué dejé en la recepción una tarjeta extra para la habitación para un tal señor Hanson, aunque se supone que no debe hacerlo. Eli me hizo un resumen de cómo va a funcionar todo esto y, de momento, todo está saliendo según lo planeado. Agarro mi bolso, me aliso el abrigo y me dirijo al ascensor.

Veintidós, veintiuno, veinte, diecinueve, dieciocho…

Contemplo cómo los números se van iluminando uno a uno. Los discos, del tamaño de una moneda, se van encendiendo y apagando uno detrás de otro, y el ascensor desciende hacia mí mientras yo espero, con impaciencia y sin pestañear. No soy la única que está esperando a que llegue. Si este fuera un edificio de oficinas o un centro comercial, iría por las escaleras, porque los espacios cerrados y yo no nos llevamos muy bien. Pero como estoy en un hotel de cuarenta y siete pisos y reservé una habitación en el número cuarenta y dos, me temo que tendré que soportar la presencia de unos desconocidos durante un rato.

Cuando se abren las puertas, entro la primera y me coloco en el fondo. No quiero que los cuatro hombres de negocios que entran detrás de mí tengan que pasar por mi lado para sa-

lir y me rocen. Ellos se quedan en alguno de los pisos de enmedio. Encaja con ellos; es fácil ponerles la etiqueta de mediocres. Llevan trajes mediocres. Los cuatro tienen cortes de pelo mediocres. Quien reservó sus habitaciones fue un departamento de contabilidad, y los departamentos de contabilidad no se gastan el dinero en *suites;* se lo gastan en habitaciones dobles con camas separadas que tienen acceso al gimnasio y poco más. «Nada de minibar para usted, señor Corporativo»…

Las puertas del ascensor se cierran y yo me retraigo en mí misma, presionando la espalda contra la pared del fondo. Cierro los ojos y exhalo por la nariz. Dentro de poco todo habrá terminado, pero, por ahora, mi corazón no deja de dar saltos dentro de mi pecho. El miedo de estar atrapada, de lo que estoy a punto de hacer, es como una serpiente enroscada y atenta que hace estragos en mis entrañas.

—Oye, ¿estás bien? Se te ve un poco asustada.

Uno de ellos me habla. Cree que puedo estar nerviosa por el ascensor, lo que es cierto, aunque solo a medias. Tiene los ojos marrones, un color cálido que me recuerda al chocolate derretido. También tiene hoyuelos. Tendrá unos veintiocho años, más o menos mi edad. Parece amable. Un chico lindo, de esos con los que tal vez habría salido hace un tiempo, antes de… en fin. Antes de que salir con alguien se convirtiera en algo imposible para mí.

Me obligo a mirarlo.

—Estoy bien, gracias.

—Me alegro. —El chico de los ojos de chocolate me sonríe—. A mi hermana a veces la ayuda respirar hondo. A ella tampoco le gustan los ascensores.

Es un chico dulce. Más dulce de lo que merezco teniendo en cuenta lo que me trajo hasta aquí. Lo recompenso con una

frágil sonrisa —que él me devuelve— y entonces las puertas se abren y los cuatro se marchan. Me meto las manos en los bolsillos para que dejen de temblarme. Sola, subo dieciocho pisos más (lo que es mejor que estar atrapada con cuatro desconocidos, aunque sigue sin ser ideal), hasta que por fin es mi turno de bajar.

Este hotel se parece mucho a cualquier otro en el que me haya alojado. Lo único que lo diferencia de todos los demás, lo que lo definirá para siempre, es el propósito que me trajo hasta aquí.

Estoy a punto de acostarme con un completo desconocido.

Y lo voy a hacer para encontrar a mi hermana pequeña.

2

SLOANE

Después de entrar y colgar el abrigo detrás de la puerta, ya casi estoy preparada. Me puse lo que me dijeron que me ponga: encaje negro. Eli, el detective privado que contraté para que encontrara a mi hermana, no me dio más detalles. Fue él quien organizó este encuentro.

«A veces con dinero no basta para encontrar lo que uno está buscando, preciosa. A veces hace falta un poco más de… persuasión para procurarte información de este tipo. Mire, ¿sabe qué? Le contaré lo que sé a cambio de un pequeño favor».

«¿Qué clase de favor?», pregunté yo.

«Si se abre de piernas para un cliente mío, le contaré todo lo que necesita saber». Y el cerdo asqueroso hasta se atrevió a sonreír. El muy insolente. «Vamos, señorita Romera… No me mire así. Quiere encontrar a su hermana, ¿no?».

Y al final accedí, porque tenía razón: quiero encontrar a Lex. Quiero que vuelva a casa sana y salva, y haré lo que sea por conseguirlo. Aunque después no sea capaz de vivir conmigo misma.

Además de la ropa interior, Eli me dijo que tenía que traer una cosa más. Una cosa que llevo escondida en el bolsillo de la chaqueta. La saco y me la pongo. Es una máscara de satín negro con los bordes de encaje rojo. Al menos así me siento un poco más disfrazada. Enciendo la luz del baño y empiezo a rebuscar en el bolso hasta dar con mi salvavidas: un bote de Valium. Al sacarlo, oigo el traqueteo de las pastillas en su interior. Lo bueno de ser una residente de quinto año en un gran hospital es que siempre, sin excepción, hay alguien disponible para recetarte medicamentos cuando los necesitas, y sin hacerte ninguna pregunta. El Valium ni siquiera está a mi nombre. No aparecerá nunca en mi historial médico. Me tomo una pastilla, lo justo para mantener la calma sin que me deje adormilada. Luego me miro al espejo y me coloco la liga de la máscara por debajo del pelo.

«Estás horrible, Sloane».

Últimamente, es lo que me digo cada vez que contemplo mi reflejo. Puede que sea cierto o puede que no. Llevo ya tanto tiempo mirándome en los espejos que mi reflejo ha perdido su sentido. Lex siempre fue la más guapa de las dos. Sí, claro, sé que tengo buen cuerpo. Eli dijo que esa era la única razón por la que estaba dispuesto a hacer negocios conmigo, porque mis tetas eran de verdad y tenía buen culo. «Puede que haya tipos a los que su altura les incomode un poco, pero eso no se puede remediar…».

Me concentro en las ojeras oscuras que me enmarcan los ojos e intento recordar que todo esto es temporal. Que no es para siempre. Al fin y al cabo, soy médica. El cuerpo no es más que una máquina, lleno de engranajes, piñones y partes que encajan y que siguen funcionando, trabajando en armonía para que tú sigas moviéndote. Y el coito no es más que una función de esa máquina.

«Tú puedes, Sloane. Puedes hacerlo».

Pero cuando ni siquiera han pasado dos segundos de ese pensamiento…

«Lex no querría esto. No querría que te utilizaran y abusaran de ti, que te vendieras por tan poco».

Odio esa voz que hay dentro de mi cabeza. Me dificulta mucho justificar por qué sigo adelante con todo esto, pero si estoy vendiendo mi posesión más valiosa no es por drogas o por dinero, ni siquiera por fama y fortuna, como hacen algunas chicas. Yo lo hago por amor. Amor por Lex. Y cualquier hermana haría lo mismo.

Han transcurrido ya seis meses desde la desaparición de Alexis, pero no estoy más cerca de encontrarla. Tengo la sensación de que esta es mi última jugada… Y Eli es listo. Me proporcionó la información justa para mantener viva mi esperanza, pero ni por asomo la suficiente para arriesgarse a que me desdiga de nuestro pequeño acuerdo.

Alguien llama a la puerta. Uno, dos, tres golpes.

—Puta mad… —Me muerdo el labio inferior, atrapando la palabrota entre los dientes. Llegó la hora.

El señor Hanson debe de haber recogido la llave de manos de la alegre recepcionista, pero a mí ya me advirtieron que llamaría a la puerta. Eso me indica que el hombre con el que me voy a acostar está aquí y que debo quedarme en el cuarto de baño hasta que venga por mí. Cierro la puerta y, por un segundo, lucho contra el embate del miedo. Si me encierro aquí adentro y me niego a salir, ¿cuánto tardará en enojarse lo suficiente como para marcharse? Aunque no puedo hacer eso. Eli no cumpliría nunca con su parte del trato; además, nada de esto importa. Absolutamente nada. Solo es un medio para llegar a un fin.

Oigo el pitido electrónico de la puerta cuando reconoce la tarjeta. Luego, el chasquido del pasador al cerrarse. Y después,

silencio. El borde del lavabo se me clava en el dorso de los muslos de tanto apretujarme contra él, paralizada, antes de recordar que no debería hacerlo porque me dejará marcas en el cuerpo y eso va contra las reglas, incluso si son marcas temporales como esa. Mi desconocido me quiere en perfectas condiciones.

Por suerte, la droga empieza a hacerme efecto: noto que me inunda una sensación de paz. Algo bueno, porque quienquiera que esté ahí afuera se está tomando su tiempo para acomodarse. Si no me hubiera tomado la pastilla, creo que cuando se decidiera finalmente a llamar a la puerta, yo ya habría estado a punto de salir corriendo.

—Sal. Apaga la luz primero —me ordena la voz. Es áspera y ronca, ¿quizá la voz de un fumador? De huevos. Voy a tener que pasarme las próximas dos horas con la lengua metida en la garganta de un fumador y luego me voy a tener que lavar la boca con cloro. Apago la luz, abro la puerta… y me quedo perpleja ante lo que me encuentro al otro lado.

Nada.

Absolutamente nada. La habitación está oscura como la noche.

—¿Qué no encontraste el interruptor? —me atrevo a preguntar.

—No lo toques. Ven aquí y punto —me dice la voz. Parece joven, y está solo. Aunque no estaba esperando a más de un hombre, claro. Eli me juró que solo sería uno. Y únicamente esta vez. Entro con cautela, arrepentida por no haber prestado más atención a cómo estaban dispuestos los muebles antes de encerrarme en el cuarto de baño. Cómo no, me golpeo un dedo del pie con Dios sabe qué y siseo de dolor.

—¿Estás bien? —Parece que le hizo gracia, lo que me resulta irritante. ¿Quién se divierte viendo cómo una chica se rompe un dedo del pie?

—Bueno… es que no veo nada de nada —mascullo.

—Me temo que de eso se trata. Ven aquí.

Si supiera dónde es «aquí», quizá me sentiría un poco menos confundida. Lo vuelvo a intentar y esta vez consigo ir hasta la cama, trastabillando, pero sin chocar con nada más. Cuando me subo al colchón, que se hunde bajo mi peso, todavía me estoy preguntando dónde demonios está él. No estoy ni la mitad de asustada de lo que lo debería estar. Es más, me siento hasta un poco emocionada.

—Siéntate en medio de la cama con las manos detrás de la espalda —susurra. ¿Me va a atar? Eso debería preocuparme. Me preocuparía fuera cual fuera la situación.

—¿Necesitas un nombre? —Eli me indicó que debía preguntárselo.

Un ruido grave, profundo y áspero rompe el silencio. Se está riendo.

—¿Te estás ofreciendo a revelarme tu verdadero nombre?

—Eli me dijo que eso va contra las normas.

—Entonces no. —El colchón se hunde de nuevo. Se está moviendo, se está acercando. Su aliento cálido me roza la piel del cuello cuando habla—. No pienso llamarte Melody, o Candy, ni cualquier otro nombre falso. Mejor seamos dos desconocidos durante un rato. ¿Te parece?

—Sí, sí… Supongo.

En la oscuridad, mi piel cobra vida. Y también el resto de mis sentidos. Mi nariz no hace más que hablarme en susurros, transmitiéndome notas de menta y del océano. Sea quien sea, este tipo huele increíble. No huele en absoluto a tabaco, lo que significa que esa voz… esa voz es cien por ciento natural. Me descubro sintiendo curiosidad por él, aunque con un desapego total.

—¿Habías hecho esto antes? ¿Así? —me pregunta.

—Nunca. —El aliento se me queda atrapado en la garganta. Estoy tan aturdida que me cuesta pensar; la falta de luz en la habitación hace que se me acelere el corazón. Este tipo podría ser un asesino en serie. Podría serlo también con las luces encendidas, pero entonces al menos tendría la oportunidad de verlo en sus ojos y salir corriendo.

El chico misterioso exhala y otra oleada cálida me acaricia el pecho. Se me endurecen los pezones a pesar de no tener frío. Esto no me había pasado nunca. Jamás. Probablemente, porque nunca había estado tan cerca de un chico.

—Ponte las manos en el regazo —me ordena y yo lo hago. Me sobresalto al notar su mano sobre mi pierna—. ¿Estás asustada?

—No.

Se echa a reír; es un sonido malévolo y cruel. Su mano me recorre la pierna con suavidad hasta que encuentra la mía y me rodea la muñeca con los dedos.

—Eres más valiente que la mayoría de las chicas.

—¿Haces esto con muchas chicas?

—Con algunas.

En fin, al menos es sincero. Me toma de la mano, se la acerca y noto la aspereza de su barba sobre la piel sensible de la cara interna de la muñeca.

—Hueles a flores —dice—. ¿Qué perfume llevas?

—Afresia —contesto.

—Huele a limpio. No es demasiado empalagoso. Me gusta.

«Cómo me alegro de tener tu aprobación», pienso, y me entran ganas de reír. Me roza la cara interna de la muñeca con la punta de la nariz, y enseguida le sigue el suave tacto de sus labios. Apenas es un beso, de tan suave y liviano, pero me dice mucho de él. Que tiene los labios gruesos y que sabe ser amable con la boca. Eso es inesperado. Me muevo en la cama,

nerviosa, preguntándome adónde se dirige esto. Adónde irá su boca después de esto.

—¿Alguna vez has pensado en cómo sería la vida si fueras ciega? —pregunta con su voz ronca.

—¿Por qué? ¿Eres ciego?

—No. Responde a la pregunta.

—Supongo. Alguna vez.

Guía mi mano hacia arriba y luego me la toma con las dos suyas y me abre los dedos, de forma que la palma queda abierta. Lo hace despacio, recorriéndome la piel con los dedos callosos, y no puedo evitar estremecerme. Es una caricia muy simple, pero su forma de hacérmela me parece íntima y considerada; no me está agarrando y tocando solo porque sí. Contengo el aliento cuando vuelve a guiar mi mano hasta que le rozo el pelo con las puntas de los dedos. Luego la baja hacia su cara.

—Dime cómo crees que soy —me pide; su voz es como un gruñido que resuena. Me suelta la mano y debo inclinarme hacia delante para llegar bien hasta él. Me acerco un poco, sentándome en los talones para no perder el equilibrio, y luego llevo también mi otra mano a su rostro.

Tiene el pelo corto, un poco tieso a causa del gel con el que se peinó. Tiene rasgos fuertes, pronunciados. La mandíbula es ligeramente cuadrada, y la nariz, bastante recta, salvo por una zona un poco plana cerca del entrecejo. Tiene unas pestañas sorprendentemente largas, y los labios… como yo pensaba. Tiene los labios carnosos y más suaves de lo que ningún chico tendría derecho a tenerlos, y menos aún un chico con semejante voz. Siento un cosquilleo en las yemas de los dedos, que me indican que este chico tiene el rostro de un ángel. Un ángel bárbaro, quizá como uno de esos que se dedicaron a sembrar la destrucción en Babilonia.

—¿Qué te parece? —pregunta.

—Debes de ser muy atractivo —admito.

Él gruñe.

—¿Y lo demás qué?

Presiona un poco mis antebrazos para que deslice las manos por su pecho, donde mis dedos se encuentran con una piel suave y unos músculos firmes y tonificados. Mueve los pectorales cuando los recorro suavemente con las manos y sigo bajando. Palpo tres protuberancias horizontales en la piel que no deberían estar ahí, a la derecha de los abdominales, con unos centímetros de distancia entre cada una de ellas. Trazo círculos sobre ellas con el dedo, tratando de arrancarles la historia que esconden detrás, intentando descubrir de dónde vinieron. Ahí hay una historia no contada de violencia, escrita en las líneas de ese cuerpo formidable. Se estremece un poco mientras lo exploro, tanteando su piel con caricias suaves como una pluma, hasta que recorro por completo su abdomen definido y paso a los oblicuos. Toma aire con fuerza cuando lo hago y se me escapa una sonrisa. Una sonrisa sincera. Este chico tiene cosquillas. No se ríe, ni me dice que no le toque ahí, pero el cuerpo se le tensa aún más cuando vuelvo a esa zona para comprobar la veracidad de mi teoría.

Paso a los hombros, que son fuertes y poderosos. Le rodeo la nuca con los brazos para palparle los omóplatos. Es enorme, pero la realidad es que no me da miedo. Debería tenérselo, sí, pero no se lo tengo. El Valium aplacó el miedo que pudiera sentir, y además, según había imaginado, este tipo iba a querer ponerme las manos encima en cuanto entrara. Iba a examinar y toquetear hasta el último centímetro de mi piel, e iba a querer ver, sin lugar a duda, lo que había comprado. Pero, de momento, casi no me ha tocado… y lo poco que lo ha hecho, ha sido en la mano. ¡En la mano!

—¿Y bien? —pregunta.

—¿Cómo te hiciste las cicatrices?

—Me apuñalaron. —Lo dice así, como si nada. Guau.

—¿Estuviste a punto de morir?

—Sí.

—¿Te dolió?

—Sí.

Dejo caer las manos de sus hombros y busco de nuevo las cicatrices. Una, dos y tres. Bajo mis dedos, me parecen toscas, irregulares y terribles.

—¿Qué le pasó a la persona que te lo hizo? —Casi no se lo quiero preguntar. Desde que empezamos a hablar, hace unos cinco minutos, el hombre misterioso ha sido franco hasta extremos inquietantes, y me asusta que ahora su respuesta consiga por fin infundirme el miedo que debería tener.

—Lo que él mismo se buscó —contesta en voz baja. Se mueve; las sábanas emiten un murmullo y los músculos de su abdomen se contraen bajo mis manos. Cuando me toca el pelo, enredando los dedos en él, todavía estoy intentando decidir si lo que dijo significa que mató a la persona que lo apuñaló—. Soy muy exigente con lo que quiero. Haz lo que yo te diga sin cuestionármelo y ninguno de los dos tendremos problemas, ¿de acuerdo? —murmura.

Un subidón de adrenalina prende fuego a todas mis terminaciones nerviosas. Por fin una reacción apropiada para la situación en la que me encuentro. ¿Cómo demonios me metí en este lío? Con Valium o sin él, soy perfectamente consciente de que eso fue una amenaza. Esto me viene muy grande, pero ya no hay mucho que pueda hacer al respecto. Además… Alexis. Tengo que pensar en Alexis.

—Sí, puedo hacerlo —susurro.

—Bien. Acuéstate bocarriba.

Lo suelto y, de repente, me siento como si estuviera a la deriva en medio de un océano, ahogándome sin modo de salvarme. La parte más inteligente de mi cerebro —la que sigue concentrada en mi supervivencia— me pide a gritos que me largue de aquí, y por primera vez la ira de Eli apenas basta para mantenerme pegada a esta cama. Pero lo consigue la posibilidad de encontrar a Alexis. Cuando tengo los músculos a punto de estallar, a punto de saltar, el chico me toma suavemente del tobillo derecho.

—¿Hoy te has tocado?

—¿Quieres… quieres decir…? —No soy tonta. Sé perfectamente lo que quiere decir.

—¿Ya alcanzaste el orgasmo hoy? ¿Ya jugaste con tu vagina?

El calor me explota en las mejillas. Nadie me había preguntado eso nunca.

—No, no lo… No lo he hecho —contesto tartamudeando.

—Muy bien. Así estarás mucho más dulce. —En lugar de agarrarme del resorte de la tanga y bajármela, me la aparta hacia un lado. Se me quedan las piernas rígidas al notar su aliento caliente sobre mi carne expuesta. ¿Qué se supone que tengo que hacer con las manos? Esto, para mí, es territorio inexplorado, y un territorio muy vasto. Cuando un chico te hace esto, normalmente es porque se portó muy muy mal contigo y necesita compensarte. Al menos, eso es lo que dice Pippa.

—¿Quieres que te chupe? —Se le pone la voz aún más grave, aderezada con la promesa del sexo.

—Quiero lo que tú quieras —contesto sin aliento. Al fin y al cabo, para eso paga. Eso es lo que me ayudará a recuperar a Lex. Me agarra con fuerza la pierna y aprieta hasta que grito.

—No vamos a jugar a eso. Domíname o seré yo quien te domine a ti, y créeme… Eso no te va a gustar.

«Mierda».

—¡Sí! Quiero que me chupes.

Suelta un gruñido de satisfacción y reacciona de inmediato, colocándose entre mis piernas. Cuando saca la lengua y me lame, se me tensan los músculos. Está caliente y… y me gusta. ¿Qué demonios me pasa? No debería reaccionar así. Siento el calor de la vergüenza en las mejillas. ¿Qué clase de persona disfruta de que un completo desconocido le haga sexo oral? ¡Y encima en estas circunstancias! Pero no puedo evitarlo. Siento como si me estuvieran acariciando todo el cuerpo, de los pies a la cabeza.

Mueve la lengua con maestría, aplicando una sutil presión sobre mi clítoris y chupándolo a un ritmo constante que hace que oleadas de placer rompan a través de mí. Estoy a punto de dejarme llevar, de conseguir que la tensión de mis brazos y mis piernas desaparezca, cuando deja de lamerme y succiona.

—¡Mierda!

No se detiene. Gruñe cuando me aprieto contra él, frotándome contra su boca con descaro. Nunca había sentido nada parecido. Es… increíble. Jadeo y gimo como un animal cuando se aparta y me acaricia desde las rodillas hasta la cara interna de los muslos. Me arranca los calzones con un único movimiento.

—¿Cuántas ganas tienes de que te coja?

No estoy aquí porque quiera cogérmelo. Mi trabajo consiste en hacerle pensar que eso es lo que quiero, pero cuando murmuro mi respuesta, me doy cuenta de que la línea entre lo fingido y lo real es muy difusa.

—Muchísimas. Tengo muchísimas ganas.

—Ábrete de piernas —ordena. Obedezco mientras me pregunto qué va a pasar ahora. La habitación es como un agujero negro, está tan oscura que no distingo ni siquiera su som-

bra mientras se mueve por la cama. Oigo un cierre y luego un repiqueteo metálico, como la hebilla de un cinturón. Me muerdo el labio inferior y espero a que haga lo que está a punto de hacer, presa tanto de la preocupación como de la curiosidad. Me ata la pierna izquierda, rodeándola con algo ancho, que primero aprieta bien y luego amarra a la cama. Después repite la operación con la derecha y por último, con cuidado, hace lo mismo con las muñecas. Estoy acostada en la cama como una estrella de mar, completamente vulnerable. Estas sujeciones no son ninguna broma. Están hechas para que quien esté sometido a ellas no pueda irse a ninguna parte… y está claro que yo no voy a ser la excepción. Hace seis meses, tal vez habría rezado una oración. Ahora, en cambio, gimoteo, en parte por el miedo y en parte por la expectación.

Se sube a la cama y se arrodilla a mi lado. Su aliento me acaricia de nuevo. Me tenso cuando noto algo frío y duro sobre el estómago.

—¿Sigues siendo una chica valiente?

—Sí —contesto con una exhalación.

No me informa lo que va a hacer. El objeto frío y duro que me presiona la piel viaja lentamente hacia arriba hasta quedar justo debajo de mis pechos. Boqueo como un pez fuera del agua y trato de quedarme muy quieta, porque ya entendí de qué se trata: es un cuchillo. Y, encima, está afilado como la chingada.

Me levanta el brasier desde la parte central del aro y entonces, con un movimiento ágil y limpio, me lo parte en dos, dejando mis pechos libres. ¿Me acaba de cortar el brasier? Me deja expuesta. Aterrorizada. Excitada. Y muy confundida. No puedo pensar con claridad, carajo. Mi hombre misterioso se sube a horcajadas sobre mí y la tela áspera de sus pantalones se desliza sobre mis costados. Acerca el borde frío y afilado

del cuchillo a mi pezón izquierdo y siento que el pánico me atraviesa.

—No te muevas —susurra. Y no lo hago. Soy la persona más quieta que ha existido nunca. Se inclina y me toca; su mano por fin encuentra mi pecho—. Eres perfecta, carajo. Y qué bien te portas. —Y de repente tengo el pezón dentro de su boca, y me lo lame y me lo chupa, y es lo más ardiente que he sentido en la vida. Arqueo la espalda sobre la cama y se ríe—. ¿Quieres que te la meta?

—Sí.

—¿Estás segura? Cuidado con lo que deseas…

Lo que deseo es la muerte, y todos los días. Deseo dolor y sufrimiento y sangre, y que caiga la desgracia sobre las cabezas de quienes se llevaron a mi hermana. Desear esto me parece igual de peligroso, pero, de algún modo, también más seguro que todo lo anterior. Quería que lo dominara, y a pesar de que me tiene atada, sigo pensando que es eso lo que desea. Me preparo, esperando que esto sea lo correcto, y le exijo:

—Hazlo. Cógeme ahora. No me hagas esperar.

El cuchillo desaparece. Él se levanta de la cama y lo oigo desabrocharse y quitarse los pantalones. El pánico me invade de nuevo cuando oigo el repiqueteo de otra hebilla.

—¿Preparada?

Ahora ya no puedo echarme para atrás.

—Estoy preparada.

Y entonces hace algo que no se me había ocurrido. Que ni se me había cruzado por la mente. Me pasa una tira de cuero —su cinturón— por encima de la cabeza y me la aprieta bien.

«Ay, mierda. Ahora sí que estoy metida en un buen lío».

—Abre la boca.

—Yo…

—¡Hazlo! —Su tono de voz es firme pero amable a la vez. Me acaricia un lado de la cara, un gesto destinado a tranquilizarme, un «sé que esto da miedo, pero confía en mí». No obstante, ¿confiar en él? Tendría que estar mal de la puta cabeza para hacerlo. Y, sin embargo, hago lo que me pide. Él se acerca y me mete la verga en la boca. No tengo ninguna experiencia en este campo. Dios, qué digo, si es mi puta primera vez. ¿Qué se supone que tengo que hacer? La tiene dura como una piedra y su sabor es limpio y ligeramente almizclado… y es enorme. Casi ni me cabe en la boca, y sospecho que solo ha entrado la mitad cuando ya me golpea el fondo de la garganta.

—¡Mierda! —gime mientras se la chupo, haciendo vacío con los labios. Me parece que eso lo hice bien. Echa las caderas hacia atrás y me la saca de la boca con un ruido húmedo y sordo.

—¿Todavía quieres que te la meta?

Sabe lo grande que la tiene. Se cree mucho por eso. Esto me va a doler más que ninguna otra cosa en esta vida, pero no quiero que se dé cuenta de que soy virgen. Ni siquiera Eli lo sabe. Estoy segura de que, de haberlo sabido, le habría cobrado a este tipo mucho más dinero, y eso me revuelve el estómago.

—Sí —le digo—. Sí, te tengo muchas ganas.

—Bien. Aunque antes tendrás que ejercitar un poco la paciencia… Todavía no termino con esto. —Me agarra del pelo, me levanta la cabeza para acercarme más a él y vuelve a metérmela en la boca una y otra vez, mientras presiona suavemente en el dorso de mi cabeza. Yo me retuerzo sobre la cama, sorprendida de lo mucho que me pone. Pero entonces tira del cinturón y yo me quedo sin palabras.

Sin palabras.

A pesar de la oscuridad, noto que se me nubla la vista. Me aprieta tanto la tráquea que no puedo respirar, y él sigue metiéndomela y sacándomela de la boca.

—Aguanta, ¿de acuerdo? —gruñe.

Mi estómago rebosa de miedo y excitación. Es la misma expectación que experimentaba cuando era niña y estaba suspendida en la cima de una montaña rusa, solo que mil veces peor. Y mucho más aterradora. Pero entre mis piernas, mi vagina palpita mientras él sigue embistiéndome una y otra vez, tirando del cinturón con la fuerza exacta para que me llegue una pizca de oxígeno a los pulmones.

Él se estremece; su erección se endurece como el granito. Creo que sé lo que va a pasar si no se detiene…, pero se detiene. Jadeante, se aparta y se agacha junto a la cama para aflojar la hebilla y soltar el cinturón. Tiene el rostro tan cerca del mío que siento la intensidad de su mirada, que está fija sobre mí, en la oscuridad. No veo absolutamente nada, pero quizá él tenga mejor visión nocturna que yo.

—Tienes una boca perfecta —susurra. Y entonces hace dos cosas que me sorprenden. Primero me acaricia la piel empapada en sudor casi con reverencia, apartándome el pelo de la cara. Y después me da un beso tierno en la frente—. Y ahora, como fuiste tan buena chica, voy a hacer que te vengas —me informa en voz baja. Un temblor de expectación se propaga sobre mi piel, y él se ríe—. Estás siendo muy muy buena chica.

Vuelve a la cama y se coloca en posición, agarrándome por debajo de las caderas y alzándome hacia él. Es una postura un poco molesta, ya que todavía tengo los tobillos atados a la cama, pero se me olvida toda la incomodidad cuando entierra la cara entre mis piernas y empieza a chuparme el clítoris otra vez.

—¡Aaah!

Es demasiado. Me elevo y me elevo, ascendiendo cada vez más mientras una sensación desconocida, insondable, se acumula entre mis piernas. Se despliega en suaves pinchazos mientras siento un cosquilleo en todo el cuerpo, cada vez más intenso. Y entonces…

Grito. Una liberación sin palabras. Gritaría el nombre de Dios, pero dudo mucho que diera su aprobación a esto. No tengo ni idea de quién es este tipo, así que tampoco puedo gritar el suyo. Así que grito por mí y por los fuegos artificiales que estallan en el interior de mi cerebro, por el incendio que me lame la piel, que me quema, que me deja ardiendo, hueca y agotada. Me quedo sin fuerzas y temblorosa mientras él sigue lamiéndome el clítoris una y otra vez.

—¡Para! Dios mío, para, por favor, yo… Está muy sensible…

—Hum, qué egoísta… —murmura con la boca pegada a mi vagina, haciendo que se tense y se contraiga una vez más—. No te olvides… Ahora me toca a mí.

Manipula algo un momento… ¿Un condón? Mierda, espero que sea un condón… Me baja las caderas y me embiste de repente, bien aferrado a mi pelvis, sin dejar que me mueva.

Oh…

Dios…

El dolor es casi paralizante. Es una sensación incómoda, una presión que no hace sino crecer y luego una liberación punzante y dolorosa que me revela que ya está hecho.

Se para de golpe.

—Pero ¿qué…? —Inhala profundamente y exhala—. Creo que no deberías haberlo ocultado —dice en voz baja. Luego suspira, como si estuviera decepcionado conmigo, lo que me parece lo más jodido y confuso del mundo—. ¿Estás preparada?

—Sí —susurro en voz baja.

—Intenta relajarte. —Me llena, me dilata, me completa. Empieza despacio, con más suavidad de la que habría empleado si no acabara de desflorarme. Al cabo de un rato, el dolor remite y se transforma gradualmente, hasta que, en lugar de tensarme con cada embestida, me abandono a ella. Hacia el final, me está cogiendo como un caballo desbocado, imparable y ardiente de necesidad. Se viene tan fuerte que ruge.

Yo no, por supuesto. Es mi primera vez, y el dolor se ha impuesto al placer. Tengo la mente demasiado confundida para comprender lo que está ocurriendo cuando se aparta de encima de mí y se desliza hacia abajo. Me acaricia la cara interna del muslo con los labios; me estremezco cuando me roza la entrepierna con los dedos, con cuidado. No son caricias para excitarme; es más bien una disculpa. Se desplaza en la oscuridad para desatarme los tobillos y las muñecas.

—¿Te gustó? —La gravedad de su voz me hace apretar los muslos.

—Sí… Sí, me gustó. —Lo que más me impacta, lo que más asco me da, es que le estoy diciendo la verdad. ¿Acaso estoy mal de la cabeza?

Él gruñe y me quita el cinturón de alrededor del cuello. Al liberarse esa presión, me siento como si estuviera flotando a un metro de la cama.

Permanezco acostada y muy quieta mientras recoge sus cosas. Noto su presencia cuando empieza a ponerse la ropa a mi lado. Luego, cuando está vestido, se queda de pie junto a la cama y me roza la mejilla con las puntas de los dedos otra vez, con tanta suavidad que no llega ni a ser una caricia.

—Nos vemos. —Se dirige a la puerta, y cuando la abre, siento que está a punto de estallarme la cabeza por la luz del pasillo. Y es justo entonces cuando el hombre misterioso hace

una pausa y lo veo por primera y última vez. Lleva una chaqueta de cuero gastado y una bolsa de viaje negra en la mano derecha, y me da la espalda. Agacha la cabeza hacia su hombro. No me mira a mí. Se queda ahí el tiempo suficiente para que distinga bien el contorno de su perfil, su pelo oscuro y alborotado, la curva protuberante de sus labios carnosos.

Y entonces se va.

Nunca descubro cuál es su nombre.

3

SLOANE

Eli no me contesta el teléfono. Llevo tres días llamándole y Eli, el mentiroso, manipulador y asqueroso de Eli, no me contesta el teléfono.

Solo he estado en su despacho una vez. Es un estudio oscuro y deprimente que está encima de una licorería en Rainier Valley y apesta a comida china rancia. Pero desde que salí de la habitación de ese hotel estoy que me subo por las paredes, y ya no lo soporto más. Esta mañana me salté las rondas en el hospital y recorrí toda la ciudad a pie para descubrir qué diablos está pasando.

«Eres una idiota. Te engañó. Te acostaste con un completo desconocido, renunciaste a una parte de ti misma que nunca vas a recuperar. Jamás. ¿Y ahora qué?».

¿Y ahora qué? Solo tendré una respuesta a esa pregunta cuando haya hablado con Eli.

Las escaleras que llevan hasta su despacho están cubiertas de hielo compactado y resbalan, así que las subo con todo el cuidado posible, conteniendo el aliento con cada paso que

doy. Su coche de mierda está en el estacionamiento de abajo, así que sé que está aquí. Lo que no sé es lo que le voy a decir. Tampoco es que pueda amenazarlo con ir a la policía si no me da la información que me prometió. Con eso no conseguiría nada. No tengo forma de demostrar que hice un trato con él, y encima Eli es detective privado. ¿Me creería la policía a mí antes que a él?

Abro directamente, a sabiendas de que, si llamo a la puerta, lo único que conseguiré será cagarme de miedo y salir huyendo. Empiezo a hablar desde el umbral en cuanto lo veo ahí, sentado en su silla.

—¿Qué demonios pasa, Eli? Estuve llamand… —La lengua se me queda pegada al paladar; mi cerebro cortocircuita. Esto… Esto no puede estar pasando—. Oh… Oh, Dios mío.

Lo primero que me golpea es el hedor. Santo cielo, el hedor… Intento respirar por la nariz, pero el aire me arde. Me tapo la cara con las manos, tratando de asimilar la escena con la que acabo de encontrarme. Eli ya era un hombre corpulento, pero ahora la gruesa barriga se le hinchó hasta alcanzar unas dimensiones grotescas, y está apretujada contra la mesa. Como médica residente he visto lo mismo en otras ocasiones, sobre todo en la morgue. Se llama fase enfisematosa. Todos los gases y las bacterias que hay ahí adentro quieren salir, y, basándome en la pinta que tienen, lo van a conseguir muy pronto.

Eli lleva tres días sin contestar a mis llamadas porque está muerto. A juzgar por el aspecto que tiene su despacho, alguien tuvo un arrebato de furia. Las paredes y la mesa están cubiertas de sangre, y también la alfombra, donde las manchas están ya resecas y formaron una costra. Eli tiene la boca abierta en una especie de lúgubre bostezo y los ojos en blanco. Toda su piel adquirió un tono gris enfermizo salvo la de

las manos, que están sobre la mesa y cuyos dedos se tiñeron de un morado negruzco debido a la acumulación de sangre que se le coaguló en las palmas.

Me empiezan a caer las lágrimas enseguida, pero consigo recuperar lo suficiente el control de mí misma como para entrar al despacho y situarme frente al hombre que me robó la virginidad con engaños. No lloro porque me entristezca su muerte. Seré fría, pero me alegro de que lo hayan matado apuñalándolo con su propio abridor de cartas (que todavía lleva clavado en el pecho). Si lloro es porque está muerto. Porque ahora nunca podrá decirme dónde está Alexis. Nunca sabré si me dijo la verdad. Si está viva.

Pero esto no puede terminar así. Me niego a aceptarlo. Por aquí tiene que haber algo, algún modo de descubrir cuál era la información que me iba a dar. Me quedo bloqueada unos instantes al comprender lo que me va a tocar hacer. He visto cosas mucho más espantosas que el cadáver de Eli, pero no es su aspecto lo que me hace sentir que esté a punto de desmayarme. Es mi ira. Me siento tan enojada, tan engañada, tan furiosa que me asusta lo que pueda llegar a hacer si me acerco a él. Ya está muerto. No podrían detenerme por volver a apuñalarlo, pero…

No. No quiero la sangre de este muerto en mis manos.

Tomo aire, lo retengo y doy un tímido paso al frente. Tengo que hacerlo y punto. Por Alexis. Todo lo hago por Alexis. Quizá Eli tuviera la información guardada en algún archivero, en algún sitio. Es lo que haría cualquier detective privado, ¿no? Aunque Eli no era solo eso. Era también un proxeneta y un traficante. No creo que las tareas administrativas ocuparan los primeros puestos en su lista de prioridades. Mientras contemplo el desastre de su despacho, siento que me da vueltas la cabeza. Me subo en una silla volcada para llegar al pequeño archivero de tres cajones. No está cerrado con llave. El primer

cajón está pandeado y abollado, como si alguien lo hubiera abierto con una barra de hierro. Está lleno de carpetas. Me da un vuelco el corazón cuando abro el segundo y veo una en la que está escrito el nombre de mi hermana: «Alexis Romera. Desaparecida». Con dedos temblorosos, la saco del cajón… y se me cae el alma a los pies. Está vacía. No hay nada adentro. Ni una triste hoja de papel.

—¡No, no, no! ¡No puede ser!

Las demás carpetas sí contienen algunos documentos. Información sobre fianzas penales y esposas adúlteras. La única que está vacía es la de Lex. ¿Por qué, carajo? Encima de la mesa no hay nada, y tampoco en el suelo. No hay cajones escondidos que puedan contener la información que busco. No hay nada. Alguien se la llevó, y no tengo ni idea de quién puede ser. De repente, ya no puedo contenerme más. Los últimos tres días por fin se abaten sobre mí como una losa, y vomito el pan tostado seco que desayuné con tanta violencia que me irrita la garganta.

Salgo del despacho de Eli sollozando. Me siento inútil. Impotente. Débil.

—Lo siento, Lex. No sabes cuánto lo siento, carajo.

No puede oírme, pero pronuncio las palabras de todos modos. Si las admito en voz alta, consigo hacerlas mías en lugar de esconderlas, en lugar de permitir que me sigan quemando por dentro. Le fallé. Ya no me queda ninguna esperanza de encontrarla. Y lo peor de darme cuenta de eso es… que siento alivio. Me atraviesa como una larga exhalación, propagándose desde mi cabeza hasta mis pies. Ya no hay nada más que pueda hacer. La responsabilidad ya no es mía.

Soy la peor persona del mundo. Ni siquiera me molesto en informar a la policía de la muerte de Eli.

Lo dejo ahí, para que se pudra.